

CARROÑEROS



A QUIÉN MATAMOS
CUANDO MATAMOS ANIMALES

MALENA BLANCO

CARROÑEROS



**A QUIÉN MATAMOS
CUANDO MATAMOS ANIMALES**

MALENA BLANCO

Despierto

*Algunas veces volverse loco es una
respuesta apropiada a la realidad.*

Philip K. Dick

Hace calor en Buenos Aires. El aire está rancio, espeso. Pondría música, pero me gusta el silencio, aunque a la ciudad es prácticamente imposible callarla, si no es la alarma psicótica de alguna propiedad privada es la bocina de un coche, el motor de una moto o los gritos de algún mortal. La ciudad nunca calla. Pienso en cómo cambió todo este último tiempo, y me acuerdo de la nube de humo causada por los incendios forestales que viajó desde Australia hasta acá y que vi hace unas semanas mientras buscaba algo de sol, desde la ventana del departamento donde vivo.

Me levanto de la silla. Necesito tomar agua. Todos lo necesitamos. El agua es el bien máspreciado del planeta, o debería serlo. El piso frío del departamento me relaja. Qué extraño es vivir en estas cajas de cemento, unos sobre otros, apelmazados. Camino lento, mis pies descalzos en contacto con el piso me relajan. Me quedo parada en la cocina disfrutando de la sensación refrescante. Qué

privilegiada soy. Deberíamos tener presente que somos la especie con más privilegios de la Tierra.

Abro la alacena y agarro un vaso de vidrio. Trato de no usar plástico: tarda en degradarse entre 140 y 500 años en la tierra, mientras libera metano y etileno, dos gases responsables del efecto invernadero.¹

Los océanos están llenos de plástico, tanto como para que ya se sepa que en 2050 habrá más plástico que peces,² que los animales lo confunden con comida, porque confían en lo que el mar les da, y que eso les genera una sensación de saciedad que los mata de hambre; pienso en morir de hambre. Qué difícil es, viviendo en sociedad, construir mejores versiones de nosotros mismos. Aunque nadie la pasa peor que los demás animales.

Tomo el agua casi fría que sale de la canilla y siento esas partes que mi cuerpo esconde. Pareciera que el agua me las señala, me dice que acá está esa máquina que hace todo posible, dentro de uno, máquina perfecta que bombea sangre, que respira aire, que absorbe nutrientes, que transforma, que palpita, que siente. Apoyo el vaso ya vacío en la mesada de la cocina.

Vuelvo a la silla y a lo que intento escribir. Empiezo por el momento en el que me di cuenta de que lo que comía era un animal.

La forma en la que veo al mundo

De chica me sentí muy conectada con la naturaleza, con los demás animales, con la otredad. A los tres años me puse delante de la puerta de una pequeña granja en el jardín Amapola para que ningún niño se metiera. Entendía que los conejos y pollitos que tenían ahí enjaulados querían escapar y no soportaba que los apretaran como si fueran muñecos de trapo. Tenía cinco años cuando Daniela le arrancó las hojas a un árbol y yo le tiré de los pelos mientras le preguntaba: “¿Te gusta que te hagan esto?”. A los siete me disfracé con una peluca de mi abuela y un vestido de mi mamá, y fui a lo de la vecina que tenía los perros atados para decirle que era de la

municipalidad, y que lo que hacía estaba prohibido. A los nueve, en un almuerzo familiar, me sirvieron una carne muy blanca, una carne que yo no conocía y que me llamó la atención, tanto, que pregunté qué era. Me contestaron “conejo”; fue la primera vez que sentí asco ante la carne, y no probé bocado.

Agarraba a cada perro o gato que encontraba en la calle. A veces los escondía en el placard de mi pieza para que mi papá no los viera. Él no sentía lo mismo que yo. En cambio, con mi mamá era distinto. De ella y de mi abuela materna heredé la forma en la que veo al mundo. Una vez, a la salida del colegio, escuché un maullido en un terreno cercano a mi casa. Cuando miré, se asomó una gata negra y hermosa. La agarré y la escondí en mi mochila. Le puse Fito para que creyeran que era macho, y que, por ende, no podría parir. A la semana tenía una gata y tres gatitos, todos negros, escondidos en mi habitación.

Con mi familia llegamos a tener más de veinte gatos. Los llamaba con un *mishhhh* sostenido a la hora de la comida. Entonces bajaban de los árboles, aparecían por los techos, saltaban las cercas, cruzaban la calle. De comer les dábamos bofe o hígado, dependiendo el día. A los gatos les encantaba. El bofe son los pulmones de los animales, son livianos, por eso el kilo parece un montón y ocupa mucho espacio. En cambio, el hígado es más pesado, más compacto, más caro. El cuchillo, si tenía filo, cortaba muy fácil, pero si no, me obligaba a usar mi fuerza para desmembrar los trozos. La carne se me resbalaba por los dedos y la sangre fría se repartía entre la bolsa de nylon y mis uñas. Después, con un escarbadientes, me sacaba los restos. Lo que más me costaba era quitarme el olor.

Los carnívoros se desesperaban. Se peleaban unos con otros por los pedazos de carne. Carne cruda. Carne muerta. Carne de otros animales que no habían tenido la misma suerte de quienes ahora los comían. Suerte para ellos también la de haber nacido en un lugar donde los felinos domesticados tienen privilegios. En otras culturas los comen, pero a los occidentales esa idea nos parece espantosa.

Pero eso yo no me lo planteaba en ese momento, aunque para ese entonces ya no comía animales. A los once años había visto

un documental de Brigitte Bardot que se llamaba *SOS Vida*. Lo pasaban en la televisión pública. Fue la primera vez que vi cómo mataban a un animal y que me di cuenta de que comía animales. Me acuerdo que estaba almorzando, y en ese momento vi en el documental a la vaca colgando, miré mi plato, miré a la vaca otra vez y le pregunté a mi mamá si lo que estaba comiendo era a un animal como el que veía colgado y sangrando en la pantalla. Me dijo que sí. Le dije que yo no quería comer animales. Me respondió que no se podía, que me moriría de hambre. Contesté que me iba a morir de hambre, pero que no iba a comer más animales aunque esa fuera mi única opción. Ella entendió en ese segundo que yo hablaba en serio, y nunca más me cocinaron animales. Tardé un poco más en darme cuenta de que los peces también eran animales y a ellos los dejé de comer años después. Les pido perdón por eso.

A los quince hacía un voluntariado en el centro antirrábico de Morón —vivía en esa ciudad del conurbano bonaerense— y ayudaba en una veterinaria. Creía que esa sería mi profesión en un futuro. Cuando somos chicos, todos los que tenemos empatía por los demás animales queremos ser veterinarios. Después... el sistema. Muchos años después, el veterinario que me llevaría a hacer el recorrido por un matadero de gallinas, me contaría cómo entró en la carrera amando a los animales y salió sabiendo cómo producir comida, y me daría la razón.

Imaginen si en Medicina nos enseñaran los problemas que acarrea el consumo de animales y sus derivados, o si en Veterinaria nos enseñaran sobre la sintiencia de los cerdos, las vacas, los peces y los pollos, o si en Nutrición nos dijeran cómo alimentarnos a base de plantas. Imaginen que el conocimiento estuviera puesto en favor de la verdad, y que la información sobre las consecuencias de consumir animales estuviera al alcance de todos. Imaginen si cada una de las personas que habitamos este planeta supiéramos cómo es la explotación ganadera y fuésemos capaces de ver a los ojos a sus protagonistas. Imaginen que pudiéramos percibir en nuestros cuerpos lo que engendra este sistema. Ima-

ginen que llamáramos pandemia al hambre, a la falta de agua, a la tala, a la matanza de los demás animales, a nuestra forma de habitar el mundo.

Quiero pensar, pero me agobia el calor. Tengo una sola ventana grande, de esas que llegan al piso, y a pesar de que está abierta de par en par, no alcanza para refrescarme, parece como si no existiera el viento. No tengo ventilador, pero sí aire acondicionado, aunque no me gusta, un poco por la cantidad de energía que consume y otro poco porque siento que me engripa. Los pollos que rescata-mos, que habían sido abandonados sin agua ni comida por la empresa Cresta Roja, hubiesen sufrido mucho más si en el auto en el que los llevamos no hubiese habido aire acondicionado. Mis ideas tienen tanto calor como yo, se apelmazan en mi cabeza de la misma forma que yo en la ciudad.

Me reclino en la silla. Respiro una vez más. Mantengo el aire en mis pulmones e intento algo que me enseñaron hace mil años. Respiro y tomo conciencia de esas enseñanzas que nos construyen, que de alguna manera guardamos para siempre. Respiro como llenando con el aire de afuera mi cuerpo, como si mi cuerpo fuese un vaso y el aire fuese agua, respiro y mando esa primera oleada a la parte baja, y cuando se llena, sigo por la media y por último, el pecho. Me hace muy bien, aunque siento que, si alguien de afuera me viera, notaría que soy torpe haciéndolo, que me esfuerzo y me contorsiono un toque, que subo los hombros cuando ya no me entra nada más. Suelto de a poco el aire, como vaciando el vaso.

En los galpones donde viven su vida las cerdas gestantes no hay aire, nada de aire. Pienso en ellas y me desconcentro. Qué injusto me parece todo. Siempre me interesó saber de dónde vienen las cosas, pero después de saberlo, deseo no haber deseado averiguarlo. ¿Cómo se olvida lo que se vio? ¿Podrías olvidar el ver cómo matan a alguien, ver un asesinato? Nada quitará de mi cabeza y de mi cuerpo los gritos, los lamentos, el olor a mierda y meo, esas miradas,

esas súplicas, la sangre caliente y el vaho que se te queda impregnado en los recuerdos.

Este desorden de data y emociones, lanzado al abismo de las palabras, se hace real porque vos ahí, de ese otro lado, lo estás leyendo. Sin alguien que lo lea, no sería más que una sopa de letras mezcladas. Por eso quiero compartir todo aquello que me hace sentir vulnerable y a la vez me da fuerzas para seguir. Me seco con una mano parte de la cara y vuelvo a las páginas y las palabras, al lenguaje, al principio de mi principio.

La semilla que se convirtió en flor

Con Federico Callegari nos conocimos en 2008, mientras estudiábamos publicidad en la Escuela de Creativos Publicitarios. Íbamos a cursos diferentes, pero teníamos amigos en común. Después supe que él se había ido a vivir al exterior y en algún momento me crucé con su perfil de Facebook: fotos de Nueva York, muchos amigos, fiestas, polaroids, flashes y saturación de colores. Lo que acá podría llamarse “la buena vida”.

Tiempo después recibí un mensaje suyo por esa misma red. Estaba de vuelta por Argentina, se le había muerto un gato de manera muy traumática y esa situación no solo lo había movilizado, sino que también lo había hecho reflexionar sobre el sufrimiento de los demás animales. Me escribió porque yo difundía esos temas. En ese momento estaba armando un proyecto de una ONG animalista con Alicia, la mujer de un conocido, de quien me había hecho amiga. Federico se sumó al equipo y tiempo después armamos entre los tres AMORA, por “amor a” todos los animales. El proyecto duró un tiempo y la amistad con Alicia poco tiempo más. Con Federico queríamos hacer algo que nos representara más, que fuese más combativo, y así nació Voicot, de ese amor, ese dolor y esa bronca.

Nuestra primera idea fue “hagamos remeras”, algo que todos pueden usar, una especie de pancarta andante, la remera como una idea. El primer modelo fue la imagen de una vaca que colgaba muerta en un matadero. Pensábamos que mostrar lo que pasa dentro de los centros de explotación era suficiente para que la gente cambiara sus hábitos de consumo o, mínimamente, reflexionara sobre ellos. Después supimos que no era tan sencillo, que cambiar requiere de más factores de los que pensábamos, porque somos también parte del horror y eso justamente es lo difícil, cuestionar lo que comemos es cuestionarnos a nosotros mismos y a todo lo que somos y elegimos ser.

Voicot es un movimiento artístico que lucha por la liberación animal. Nuestro activismo consiste en la comunicación, porque esa es nuestra herramienta. Creemos que la creatividad debe ser usada al servicio de quienes buscan hacer un mundo más justo para todos los seres que habitamos este planeta. La necesidad de encontrar la forma más efectiva de contar lo que hay detrás de esos trozos de carne que se disfrazan de nombres gastronómicos fue nuestro motor.

Un camino largo y lleno de derrotas, debo admitirlo. Porque al principio, cuando recién te enterás de lo que les hacemos a los demás animales, querés que el mundo se entere, y aunque todo parece tan obvio, no resulta nada fácil. La escena es como si estuvieras en tu casa, sentada en un cómodo sillón, mirando la tele, esperando que anuncien los números de la quiniela del universo. Y vos con el billete en la mano, vas marcando lo que corresponde a tu cartón. “Sufrimiento animal”, lo tengo; “líderes en contaminación”, lo tengo; “hambre del mundo”, lo tengo; “tala e incendios”, sí; “principales enfermedades”, también; “calentamiento global”, sí, acá está; “no necesitamos comer animales para vivir”, ¡bingo! Ganás. Tenés toda la información necesaria. No hay baches. No hay engaños. Salís a la calle a contarle al barrio que ganamos todos y nadie te escucha, miran para otro lado o lo niegan, niegan eso que está frente a sus ojos, niegan el premio que es la verdad.

Debe ser porque no nos enseñaron a equivocarnos, no nos dijeron qué hacer cuando te enterás de que tus elecciones le hacen daño a otro, que tus ideas de moralidad, amorosidad, empatía, compasión y justicia no coinciden con tus propios actos. Nadie nos dijo cómo se admite que somos opresores. Preferimos sostenernos en la comodidad de vivir otra vida, una ficticia. De a poco nos convertimos en alguien que no somos. Y duele mucho este encierro en uno mismo. Somos nuestros propios carceleros. Nos lastimamos por dentro queriendo escapar. Pero tenemos que salir, no queda otra.

De la necesidad surgen las ideas. Voicot nació como un grito de auxilio, que con la fuerza de la verdad busca hacerle frente a esta farsa que ahoga. Siempre cuestionando todo. Hasta a nosotros mismos, no tendría sentido de otra manera. También comprendiendo (o intentando) acompañar el proceso de dejar de ser lo que creíamos para darle espacio a quienes deseamos ser realmente, un trabajo de honestidad y coherencia que necesita primero aceptar que nacimos en este sistema especista, capitalista y patriarcal, en el que naturalizamos todo eso que no se corresponde con nuestros valores éticos.

Es un trabajo arduo. No habría manera de ser parte de este sistema si no hubiésemos naturalizado la violencia y la opresión a través de los medios, la escuela, los gobiernos, las fuerzas del Estado y demás. Solo engañados somos serviles. No podría sostenerse nada de esto desde la cordura. El sistema en el que nacimos es violento y nos moldea a su imagen y semejanza.

La foto de la vaca que sangrando colgaba agarrada fuertemente de su pata derecha trasera a un gancho oxidado, esa que usamos en la primera remera, nos la cedió la organización Igualdad Animal, de quienes aprendimos muchísimo sobre investigaciones en mataderos y centros de explotación animal. Hasta ese momento no hacíamos investigaciones; de por sí, yo nunca había visto matar a nadie. Pero comprender profundamente cualquier situación de injusticia provoca acciones y desata sentimientos que muchas veces son desconocidos hasta para uno mismo. Toda nueva información nos moldea. Estamos permanentemente frente a la posibilidad de

ser mejores versiones de nosotros mismos, aunque tropecemos una y otra vez con la misma piedra. Nadie es perfecto en esta historia.

El proceso de metamorfosis, de vivir en una especie de mundo paralelo a pasar al real, fue brutal para mí. En cuanto supe que éramos parte, como sociedad, en cuanto comprendí lo que les hacemos a los demás animales, una fuerza arrolladora se apoderó de mí y se convirtió en ideas, pensamientos y elecciones; se convirtió en acción.

Hoy Federico ya no es parte de Voicot. Dolió su partida, como duele toda transformación.

La primera vaca

¿Cómo se escapa de un lugar si ni siquiera sabés que estás preso? Vivíamos en Capital Federal cuando decidimos mudarnos para acercarnos más a la naturaleza. Nos radicamos en un pueblo cerca de Mar del Plata, y desde ahí comenzamos a construir Voicot.

Un día, mientras trabajaba en la computadora, leí en un grupo de Facebook del barrio la noticia de una vaca lastimada. Había aparecido en una esquina, cerca de donde vivíamos. Era raro, no era un lugar donde hubiera más animales que perros, gatos y alguna que otra gallina, así que decidimos ir. Cuando llegamos, era peor de lo que pensábamos. Una vaca negra azabache yacía en una esquina, y se la veía muy mal. Prácticamente no se movía. Solo sus ojos de vez en cuando parecían orbitar alrededor del sol.

Los vecinos fueron contándonos lo que había pasado y nosotros reconstruimos a través de sus historias la propia historia de la Negra Azabache. Su “dueño” era un viejo vecino del barrio cuyo nombre no me acuerdo porque, como si fuera parte de un ritual, lo quemé en mi memoria. La usaba para que le diera leche y para que le pariera esclavos. Tantos, que la pobre Negra Azabache ya no tenía ni leche ni calcio en los huesos.

Ese día la había llevado a pastar junto a otros animales a varias cuadradas de la casa. Ella se había desplomado en medio del campo.

No le daban las patas para seguir sosteniéndose. Tampoco lograron ponerla en pie las decenas de golpes infligidos en su cabeza. Entonces, el hombre sin nombre la ató a su camioneta y la arrastró setecientos metros. La tierra y las piedras de la calle se adhirieron profundo en su cuerpo, y le fueron arrancando la piel de a poco. La mitad de su cuerpo estaba en carne viva; carne de vaca viva. Desconocemos la razón, quizás simplemente porque no existía razón alguna, pero el hombre sin nombre dejó a la Negra Azabache en esa esquina, a cien metros de su casa. Seguramente porque la creyó muerta, aunque seguía con vida.

Nunca había tocado a una vaca. Lo primero que hice fue acercarme, y acariciarle la cara. Llamé a la veterinaria del barrio, que solo se ocupaba de perros y gatos, y le pedí que viniera a verla. No podía. Un poco porque no sabía de vacas y otro poco porque se las comía. Yo estaba indignada. Como no quería que muriera, me puse a buscar en las redes un santuario de animales que pudiera adoptarla. Unas chicas que tenían caballos rescatados se ofrecieron a cuidarla y también personas de un predio que se sensibilizaron con la historia. En el medio, los vecinos se acercaban al lugar y contaban historias del hombre sin nombre.

En estas situaciones se plantea un dilema: si encauzar las energías de odio que nacen en la boca del estómago, y hacer con toda esa furia bruta la denuncia a la policía, o si poner fichas en la amorosidad y ocuparse del animal, y hacer todo lo que al amor respecta. Ante la duda, con Federico nos dividimos las tareas. Yo me ocuparía de la denuncia y él de cuidar a la Negra Azabache. Mientras esto sucedía, el hombre sin nombre quería llevarla nuevamente a su campo. Con más razón, no podíamos dejarla sola.

Llegué a la policía muy enojada. Más aún cuando me enteré de que otra vecina había querido hacer la denuncia y no se la habían tomado. Siempre pasa: por desconocimiento o por desidia, la mayoría de quienes están encargados de tomar las denuncias desestiman la Ley de Maltrato Animal (14.346); que aplica a todos los animales, incluso bovinos, no solo a perros y gatos. Entré con bronca en la comisaría. Debe haber sido por eso que me

tomaron rápidamente la denuncia. Me contaron, además, que el hombre sin nombre tenía ya varias denuncias por maltrato animal.

Cumplido el trámite, ahora debía buscar dónde llevarla, y lo más difícil, cómo transportarla. Fue así que terminé en el zoológico de Sierra de los Padres. Era la mejor opción para conseguir un móvil que pudiera transportar grandes animales. Sabía dónde quedaba. Un tiempo atrás habíamos intervenido el cartel de señalética del zoológico, la primera intervención que hicimos cuando nos mudamos. Habíamos pintado unas rayas negras, a modo de cárcel, sobre la ilustración de un ciervo.

Nunca entendí cómo podemos condenar a los demás animales a esos lugares. Encerrados, avasallados sus derechos, privados de su hábitat, su instinto doblegado. Vamos de paseo, en familia, a recorrer estas cárceles de inocentes, sin sospechar que estamos dando los primeros pasos hacia una cultura del sometimiento; sometimiento que luego se ejercerá sobre nosotros, eliminando cualquier indicio de conciencia crítica, dándole paso al mensaje de la cultura dominante que reproducen la televisión, la escuela y el sistema capitalista en sí, que crea una sensación de libertad y nos impide ver las rejas que también nos encierran. Entre risas, sacamos fotos al animal sin reparar jamás en su profundo estado de zoocosis, ese síndrome de conductas estereotipadas producto del encierro y el confinamiento.

Después de hablar con varias personas del zoológico, y explicarles muchas veces que sí, era una vaca la que queríamos salvar, decidieron ayudar. Aunque su intención, eso lo supimos después, era conseguir, si la vaca no resistía, comida para los carnívoros del zoo.

Me acompañaron a la esquina donde yacía la Negra Azabache. Muchos vecinos se habían juntado y miraban la escena, algunos sorprendidos, otros indignados por el grado de violencia que había sufrido. Intentamos subirla de mil formas al vehículo, pero nos fue imposible: muchos kilos y mucho dolor. En eso estábamos cuando vimos acercarse un hombre arreando animales. Era joven, pero pa-

recía viejo. Su cara, surcada por profundas arrugas, dejaba entrever una vida difícil.

Los vecinos nos alertaron que trabajaba para el hombre sin nombre. Era su ayudante. Pasaba cerca llevando a los vacunos cuando el único toro de la manada se alejó del grupo y corrió hacia nosotros. Los vecinos se escondieron detrás de las plantas, los que vivían más cerca se metieron en sus casas, nosotros nos encerramos rápidamente en el auto. Pero el toro no corría hacia nosotros, sino hacia la Negra Azabache, nos dimos cuenta cuando se paró a su lado. Y por primera vez la vaca levantó la cabeza y empezó a mugir. Lloramos todos.

Al hombre le costó muchísimo llevarse al toro. El enorme animal no quería separarse de la Negra Azabache. Cuando el arreador lograba llevarlo hacia el grupo, el toro daba la vuelta. Se adelantaba y pasaba por detrás. Todos mirábamos asombrados lo que pasaba, captábamos esa comunicación entre ambos, esas señales de amor apoderadas por la tristeza. Finalmente, el hombre logró doblegarlo, obligándolo a seguir camino, y junto a los vecinos vimos cómo de a poco el enorme animal se convertía en un punto negro en el horizonte. Sentí dolor y bronca. Claramente, entre la Negra Azabache y el toro existía un vínculo profundo. Era ya casi de noche y nosotros, los del zoo y los vecinos seguíamos intentando subir a la vaca a la camioneta. No hubo forma. Otra opción era levantarla con una excavadora, pero, aunque carecíamos de experiencia, creímos que el mal sería mayor, así que descartamos al instante esa posibilidad.

Los vecinos comenzaron a irse a sus casas. Nosotros no queríamos dejarla sola, el dueño estaba literalmente al acecho, así que con Federico buscamos una carpa y la armamos al lado de la Negra Azabache. La hermosa gente de Equidad, un santuario que queda en la provincia de Córdoba donde viven animales rescatados, nos ayudó toda la noche, vía mensajes. *Pónganle una bolsa de agua caliente, que no tome frío. Que la vea un veterinario idóneo*, eran sus consejos. Después de mucho buscar, conseguimos un veterinario, pero recién vendría al día siguiente.

Nos quedamos a su lado. Yo la acariciaba y de vez en cuando ella entrecerraba los ojos. Era lo único que hacía. Todas mis ener-

gías estaban dirigidas a llevarla a su nuevo hogar, uno donde no fuera explotada, oprimida ni violentada. Lo mismo que pretendemos para todos los humanos.

Pocas veces tuve tanto frío como aquella noche. Era pleno invierno. El rompevientos de la carpa se lo habíamos puesto a la Negra Azabache a modo de frazada, junto con las bolsas de dormir. Estábamos cansados y tristes, pero animados a seguir. Fue una noche dura. Aunque también pasaron cosas hermosas, como cuando se acercó una mamá con su hija y nos trajeron comida vegana. Habían leído la historia en Facebook.

Hasta que amaneció. La Negra Azabache seguía igual. Yo había vuelto a casa a buscar algo de agua y comida cuando recibí un mensaje de Federico: “Llegó la asistente veterinaria cuando te fuiste. Me dijo que éramos unos egoístas, que el animal estaba sufriendo y que había que sacrificarla ya”.

No existía para mí la posibilidad de que la Negra Azabache no lo lograra. Esa idea no se me había cruzado por la cabeza ni siquiera una vez. Intenté no creerle, y atribuí su posición al normal desinterés que tienen los veterinarios por los animales destinados al consumo humano. Entonces me enteré de que la asistente era vegana. Ahí se desplomaron todas mis esperanzas. Y cuando creía que ya no cabía más dolor, la noticia de que estaba preñada terminó de destrozarme. El ternero aún no estaba listo para nacer. Así que sacrificaron a la madre y con ella murió también su hijo.

Con el impulso del dolor de este recuerdo, me zambullo hasta el pasado para lograr entender si existió un momento en el que nos separamos de la certeza de que nosotros también somos animales.

Había una vez la nada

Mucho antes de lo que conocemos, miles de millones de años antes, solo existía la nada. Luego, la Gran Explosión³ que dio origen a la materia y la energía en el continuo espacio-tiempo, nuestro Universo. Después, el nacimiento del Sistema Solar, el

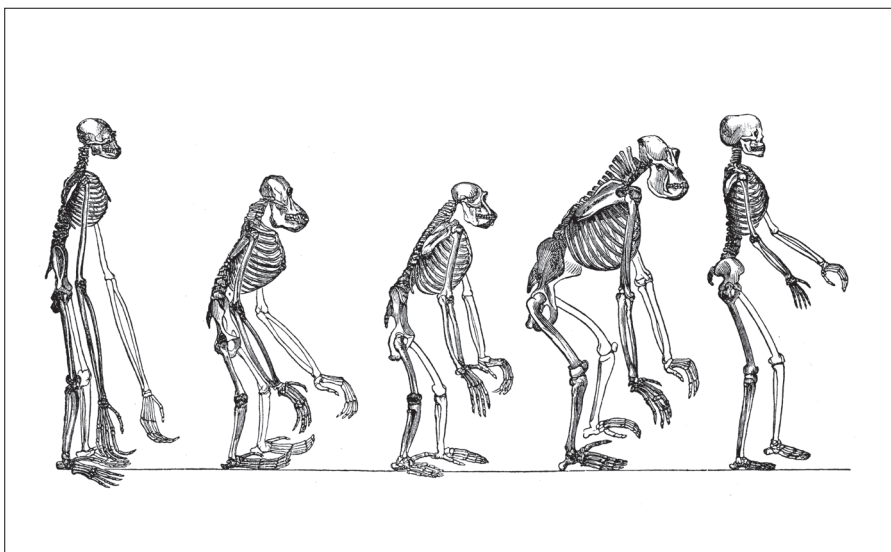
origen de la Luna, la vida microscópica, los organismos pluricelulares, la mayor extinción en masa de todo lo vivo que terminó con la era Paleozoica y dio inicio a la Mesozoica, después los dinosaurios, las flores, la evolución de los mamíferos, la extinción de los dinosaurios y la expansión de los mamíferos, más tarde la Edad de Hielo y los monos bajando de los árboles, después la Tierra que hoy conocemos, y en ella la vida representada en cada animal, en cada planta, en cada árbol, en cada flor, la vida posible por el agua, la tierra y el Sol.

Desde hace siglos los científicos intentan descifrar cómo fue que algo sin vida se transformó en otro algo, capaz de crecer, reproducirse y morir. La idea central de la evolución es que todos los seres vivos, incluyendo las plantas y los animales, humanos y no humanos, se originaron de las criaturas más sencillas.

Dentro de esta carrera evolutiva, nuestros antepasados se remontan a cientos de miles de años, aunque recién hace 12.000 años que los *Homo sapiens* somos la única especie humana que habita la Tierra. Pero no nos subamos tan rápido al podio de los ganadores, porque eso no siempre fue así. Antes, alrededor de 100.000 años atrás, compartíamos el planeta con al menos seis especies humanas. Este es uno de los grandes descubrimientos de la ciencia: nuestra especie no fue única y tampoco era especial; éramos como los peces, las aves, los anfibios, éramos como todas las demás especies.

Existen varias teorías sobre los diferentes destinos que tuvieron los humanos que no lograron sobrevivir como sí lo hicimos los *Homo sapiens*. Pero empecemos por lo que se cree fue el principio. Hace unos 6 millones de años aparecieron en África dos linajes de simios, uno fue el ancestro de los chimpancés y el otro, nuestro ancestro.⁴ No olvidemos que nosotros también somos simios, junto con los orangutanes, los gorilas, los chimpancés y los gibones. Y, a la vez, junto con los monos, somos primates. Por aquel entonces, la diferencia radicaba en que los monos tenían cola y nosotros caminábamos erguidos. Otra de las teorías vigentes dice que esa separación entre *homo sapiens* y monos fue antes, hace 7,2 millones de años, y no en África, sino en los Balcanes.⁵

Los chimpancés son hoy nuestros parientes vivos más próximos;⁶ ellos y nosotros, sin lugar a duda, somos animales. Creernos únicos alimenta una falsa idea de superioridad, y hacerlo solo puede alejarnos de nuestra propia evolución.



Similitudes entre el esqueleto humano y otros simios como orangutanes, gorilas, chimpancés y gibones.

Dónde vivió nuestro último ancestro es la gran pregunta que se hace la antropología. Llegado a este punto, propongo un ejercicio con la imaginación —siempre es un buen momento para usarla, con ella todo es posible—. Cerremos nuestros ojos y viajemos en el tiempo hasta el momento en que el humano era un animal como el resto de los animales, cuando su presencia no sobresalía sobre las demás especies que habitaban la Tierra. Hay una nave delante de nosotros y tiene la particularidad de viajar en el tiempo. Nos subimos. Nos encontramos con un tablero y un botón verde que titila. Si lo presionamos, viajaremos hacia atrás, hacia el momento en el que nuestros ancestros eran un animal más.